



ANTOLOGÍA NO EUCLIDIANA 2

SELECCIONADA Y
PRESENTADA POR:
DOMINGO SANTOS

Vivimos en un mundo que se ésta desintegrando. Hay dióxido de azufre en el aire que respiramos, detergentes en las aguas que bebemos, DDT en nuestros huesos. Las materias primas se agotan. la calidad de nuestra vida se deteriora. La inflación devora nuestra capacidad adquisitiva. Los medios de comunicación nos bombardean con publicidad subliminal de todas clases. El escepticismo hacia todo y hacia todos nos invade. La insolidaridad humana se hace ley. Nos convertimos en animales humanos, mientras el mundo a nuestro alrededor se degrada, se corrompe, se derrumba. Y todo en aras de una concepción equivocada de la sociedad, del desarrollo técnico, de la producción. Todo es aras de la mezquindad de un grupo de hombres que, desde sus posiciones privilegiadas tienen sus miras puestas en los objetivos mas inmediatos, en el lucro y en el poder, sin haber pensado nunca que una planificación a largo plazo no es ya necesaria, sino absolutamente imprescindible.

La ciencia ficción se ha preocupado ampliamente de esta cuestión y su voz se ha alzado con tonos de advertencia. Un gran peligro se cierne sobre nosotros, el de que el futuro no llegue a convertirse nunca en lo que deseamos, en la plasmación de esas utopías que, a finales del siglo pasado, hicieron soñar a la humanidad en un porvenir esplendoroso gracias al advenimiento del maquinismo. No: nuestro futuro será triste, desagradable, tétrico, desgarrador, y tendremos que llorar por él, porque nosotros lo habremos construido. Ninguno de los relatos contenidos en ella son optimistas. No pueden serlo. Pero son un terrible grito de advertencia. Llorad hoy por nuestro futuro... porque, cuando este llegue finalmente, quizá nuestros ojos ya estén secos y no podamos derramar una lagrima por él.

INTRODUCCIÓN

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA CIENCIA FICCIÓN, DEL FUTURO IMPERFECTO Y DE SU CONJUGACIÓN

FUTURO IMPERFECTO (de subjuntivo):
Tiempo verbal que expresa una acción veni-
dera como posible.

(Diccionario de la Real Academia Española).

Esta antología es, en cierto modo, el fruto de una reunión en la que participé hará cosa de unos dos años. Éramos siete personas, alrededor de los consabidos cigarrillos, los vasos de *whisky*, las copas de coñac y los problemas habituales. Entre estos últimos, tratándose como se trataba de una reunión de personas más o menos interesadas en temas de futurología (denominación anglosajona) o prospectiva (denominación europea), el que ocupaba un lugar preponderante era por supuesto el de las perspectivas de futuro de nuestra sociedad actual. Y muy pronto nos encontramos los siete discutiendo irremediable y apasionadamente sobre el tema.

Uno de los participantes, periodista científico en uno de los más importantes vespertinos de Barcelona, empezó a enumerar las calamidades que calculaba nos aguardaban para el año 2000, de seguir el camino que estamos siguiendo hasta ahora. El año 2000, por mítica que pueda parecer

la cifra, no está tan lejos como parece: veintidós años, como quien dice a la vuelta de la esquina. Otro de los reunidos, sin embargo, abogado de procesión, ecólogo apasionado, y defensor a ultranza del retorno a la naturaleza, hizo una observación cáustica al respecto.

—¿Y por qué el año 2000? —dijo—. Lo más probable es que para esa fecha no quede en nuestro planeta nadie para verlo.

Aquella observación fue la lanzadera. De ahí derivamos rápidamente a las expectativas de vida que tiene la Humanidad como tal, las posibilidades de supervivencia que tiene el hombre como raza en nuestro planeta, y por cuánto tiempo. Una persona ajena a las inquietudes que nos dominaban a nosotros se hubiera llevado las manos a la cabeza, a los diez minutos, tachándonos de alarmistas a ultranza. Todos los temas clave que preocupan hoy a buen número de personas fueron surgiendo sobre el tapete: la superpoblación, los peligros inherentes al mal uso de la tecnología, la degradación de la calidad de la vida, la masificación del individuo, el uso pacífico de la energía atómica (que, como cosa curiosa, se está convirtiendo en un peligro mayor, por ser más lento e insidioso, que el uso no pacífico de la misma), la destrucción del equilibrio ecológico... Hasta que otro de los reunidos, sociólogo de profesión, afirmó algo así como:

—Ustedes, los futurólogos —aunque compartiendo las mismas inquietudes que los demás, como buen sociólogo siempre observa los toros desde la barrera, es decir, habla en tercera persona— sólo saben hablar de los peligros materiales de nuestro futuro: que si el agotamiento de las materias primas, que si la polución atmosférica... ¿Pero y los otros peligros? ¿Y los que radican aquí dentro? —y se señaló primero la cabeza, luego el corazón (un gracioso diría más tarde que se había señalado la billetera).

Tras aquello, la conversación derivó insensiblemente (o quizá sensiblemente) hacia otros derroteros, también futuri-

bles, y abarcó un campo mucho más amplio. Al final de la reunión, que se prolongó sus buenas seis horas (y para algunos un par de *whiskies* de más), habíamos tocado casi todos los temas que indudablemente configurarán nuestro más próximo futuro, sin por supuesto haber hallado solución a ninguno de ellos, ya que la solución no está en nuestras manos. Así que, al terminar la reunión y en las despedidas, nos vinimos a preguntar lo de siempre: ¿qué hemos conseguido con estas seis horas largas de charla, aparte centrar un poco más las ideas de cada uno? Y aunque estuviéramos hablando y discutiendo durante otras seis horas, o seiscientas, o seis mil, ¿conseguiríamos alguna vez algo?

¿Saben?, tengo una obsesión personal al respecto. Es desesperanzadora y un poco cínica, pero terriblemente cierta. La he puesto incluso en forma de canción, y quizás algún día me decida a ponerle también música. Habla de esos hombres que se reúnen periódicamente con el loable fin de construir al mundo. Cada semana, o cada quince días, o cada mes, se sientan en torno a una mesa en el café de la esquina, y discuten y analizan la situación mundial. Las ideologías de conjunto pueden ser muy distintas, pero los grupos siempre son los mismos: Está el que critica al gobierno y lo acusa de todo lo que pasa; está el pesimista que no deja de repetir que la cosa está cada vez peor; siempre se deja oír la voz del optimista afirmando con convicción que las cosas se han arreglado siempre y que por lo tanto seguirán arreglándose; no puede faltar aquél que dice que no a todo..., y finalmente está el que a todo dice que sí. Discuten todos los miércoles, o los sábados alternos, o el último domingo de cada mes. Sentados en círculo en torno a su mesa de bar, con su aperitivo, su licor o su café con unas gotas de coñac (un carajillo, dirán los vulgares; un perfumado, dirán los finos) al alcance de la mano, hablan y hablan, discuten, dan puñetazos sobre la mesa para dar mayor énfasis a sus palabras, y luego, con la conciencia tranquila y la sensación de haber hecho realmente algo,

vuelven a sus casas, donde sus respectivas esposas les tienen preparada la comida, o conectado el televisor para que puedan ver el partido de fútbol. Y seguirán yendo al café la próxima vez, y la otra, y la otra, y la otra, y nunca arreglarán nada, porque no hay nada que estén en situación de arreglar; pero aquello llenará sus vidas, y les dará la sensación que realmente están haciendo algo para ayudar a la construcción del mundo.

Así me siento muchas veces cuando asisto a una de estas reuniones, o voy a una conferencia, o incluso la doy, o participo en un debate. En casi todas las ocasiones me invade un cierto sentimiento de inutilidad, de perder el tiempo, de no estar aprovechando todos los recursos de los que podría echar mano. Pero, ¿qué puede hacer un hombre que no tiene acceso a ningún puesto de poder, cuyos canales de comunicación no le permiten llegar a una audiencia lo suficientemente numerosa? De modo que uno sigue asistiendo a estas reuniones y, aunque no saque nada en limpio de ellas, al menos clarifica algo sus ideas.

Como en esa reunión a la que he aludido.

Aquella noche, al regresar a casa, no pude dormir. El debate, en lo que a mí respecta, había sido particularmente lúcido. Se habían tocado un buen número de temas y, lo que para mí era más importante, había salido a relucir un hecho concreto: la estrechez de miras de muchas personas para quienes nuestras posibilidades de futuro están condicionadas por unos pocos elementos que han sido alardeados ampliamente en los últimos tiempos por todos los medios de difusión: la polución industrial en primer lugar, el agotamiento de los recursos naturales (principalmente los energéticos), la energía atómica...

A las tres de la madrugada estaba ante mi mesa de trabajo, con la cabeza hirviendo de ideas. En primer lugar, decidí establecer una relación de los elementos que habían ido surgiendo en el debate de aquella tarde y que, según mi criterio, eran susceptibles de cambiar nuestro futuro...,

en otras palabras, estaban empezando a cambiarlo ya. Terminé una hora más tarde con una lista de treinta y seis elementos distintos, que dejé a un lado para posterior uso.

Luego repasé mi biblioteca de futurología. Tengo clasificados allí como seis docenas de libros sobre el tema, que tengo calificados con la etiqueta «interesantes», desde los informes del Club de Roma hasta los modelos del Hudson Institute, pasando por libros como *El Shock del Futuro* de Toffler. Ojeé sus índices. Todos, fue mi primera observación, son tremendamente unánimes en una serie de aspectos que se repiten una tras otra vez: el envenenamiento progresivo de nuestros mares, la degradación química de nuestros alimentos (sobre este aspecto es casi alucinante el libro de Maurice Pasquelot *La Terre Chauve*), el peligro de la contaminación industrial en nuestra atmósfera, el agotamiento de las materias primas... Pero todos son también parcos, excepto muy pocas excepciones, en hablar de otras plagas que nos invadirán en el futuro más inmediato, quizá más solapadas pero no por ello menos reales. *El Shock del Futuro* es tal vez uno de los pocos en analizarlas, y quizá por ello su gran éxito.

Comparando someramente la lista de los temas tratados en estos libros, incluidos los futuribles de los equipos de Kahn y Peccei, con la relación que había anotado antes, observé que tan sólo un sesenta y algo por ciento de los temas que habían surgido en la discusión de aquella tarde estaban tratados con una cierta profundidad. Los demás apenas eran esbozados, y en muchos de los libros ni siquiera mencionados.

El día me sorprendió al otro lado de mi ventana con la nariz hundida en libros y notas. Uno, además de dedicarse a escribir, tiene que trabajar en otras cosas para poder ganarse la vida, así que tuve que resignarme a dejarlo: me duché, me tomé dos cafés bien cargados, y me fui a justificar mi sueldo de fin de mes.

Pero durante varios días todo aquello no dejó de rondar por mi cabeza. Tras la revisión de mis libros de futurología (tres alvéolos —en expansión— de mi biblioteca, medidas $30 \times 30 \times 30$, en doble hilera), pasé a la ciencia ficción..., que llena todo el resto de mi biblioteca de trabajo, excepto un pequeño rincón que tras amenazas de divorcio he debido concederle a mi mujer para colocar algunos libros que no son de ciencia ficción. Mi argumentación era la siguiente: no hay ningún futuro posible, previsible o imaginable, que en algún momento no haya sido tocado por un autor de ciencia ficción. Desgraciadamente, mi falta crónica de tiempo, y mi propio descuidado carácter, han hecho que siempre haya sido calificado como una persona un tanto desordenada, que confía más en su memoria que en los datos escritos, y cuyos intentos (en tres ocasiones) de organizar un archivo a base de fichas índice se han visto abocados irremediabilmente al más absoluto fracaso. Mi biblioteca está pues ordenada (muchos dicen que desordenada) de una forma un tanto particular, y ay de aquél que intente tocarla aunque tan sólo sea para quitarle el polvo.

Así que tomé libros, revistas y antologías, y durante un par de semanas, a ratos libres, fui revisándolos y anotando todas las obras que tocaban directamente este tema tan amplio como concreto: nuestro futuro inmediato. Cuando terminé mi labor de rastreo, tenía separadas tres docenas de novelas (algunas de ellas ya publicadas en español), y algo así como un centenar largo de relatos. Tras dejar las novelas a un lado, leí estos últimos (algunos ya los había leído, pero llega un momento en que la falta de tiempo le impide a uno leer todo lo que recibe, y aún no he sabido de ningún distorsionador de tiempo capaz de fabricar un día de más de veinticuatro horas), y trasladé sus respectivas temáticas a mi lista primitiva..., tras lo cual vi que mis treinta y seis temas originales se habían transformado en cuarenta y siete..., y la lista debía ser aún incompleta. Nunca se puede ser exhaustivo.

Así germinó esta antología. Luego, tras la decisión de que el material recopilado podía dar origen a un volumen dedicado a nuestro más próximo futuro y su tremenda problemática, lo demás entró en la mecánica clásica del proceso de confección de cualquier antología: criba y selección de los relatos más interesantes, buscando tanto la calidad como la diversificación de los temas, búsqueda y persecución de los derechos, obtención de algunos, no obtención de bastantes otros, silencio en la mayor parte de los solicitados..., en pocas palabras, el peregrinaje clásico.

Y aquí está el resultado. Con mi natural inmodestia, creo que puedo decir que me siento satisfecho de él. Al menos, la idea original que tenía de la misma ha quedado intacta. Y en algunos aspectos los resultados han superado incluso mis esperanzas.

Pero he iniciado esta introducción bajo los auspicios de un título que, aparentemente, nada tiene que ver con lo que he escrito hasta ahora. Sí, es probable que, como siempre, me haya dejado llevar un poco por mi entusiasmo al relatar los orígenes de esta antología, algo más entrañables que la simple y racional pregunta: «¿Sobre qué tema puedo centrar esta vez el volumen?». Porque, para mí, la problemática de nuestro futuro inmediato es algo que se halla alojado mucho más en mis entrañas que en mi cerebro.

Hace cuatro años —permítanme otra pequeña digresión — me metí hasta la médula en la organización de un Primer Simposio de Prospectiva, que se celebró finalmente en el Palacio de Congresos de Barcelona del 17 al 20 de mayo de 1974. En sus resultados, para mí (o para lo que yo esperaba de él) constituyó un relativo fracaso, pese a que tuvo una innegable resonancia internacional, y el propio rey Juan Carlos, por aquel entonces príncipe todavía (¿saben que en España tenemos un rey profundamente preocupado por la futurología como ciencia?), ostentó la presidencia de honor. Los cuatro días de su celebración fueron un terrible

suplicio, pero el año largo de preparación fue un puro goce. Luego la esperada continuidad de la labor emprendida no prosperó, pese al entusiasmo desplegado por todo el Consejo Ejecutivo, en gran parte debido a falta de entusiasmo de los organismos que al principio y aparentemente parecían estar interesados en nuestro objetivo principal: la creación en España de un Instituto de Prospectiva. ¿Por qué? Sinceramente, creo que el motivo es clarísimo: todos los que emprendimos la aventura del Simposio y más tarde el proyecto del Instituto éramos personas que entendíamos la prospectiva de una forma visceral, mientras que la organización de una entidad de ese tipo necesita más bien un planteamiento cerebral..., como puede afirmar sin lugar a dudas Hermann Kahn. Aunque la experiencia, a nivel personal, fue enriquecedora en grado sumo.

Esta pequeña digresión me permite enfocar de lleno el problema al que quería llegar. Todos aquellos que se ocupan (técnicamente al menos) de nuestro futuro, lo hacen necesariamente de una manera fría, cerebral. Y por ello, aunque a nivel de organización su éxito sea completo, a nivel de resultados su efectividad es más bien escasa, por no decir nula. Nuestras posibilidades de futuro, ese futuro imperfecto que he mencionado en el título de esta introducción, deben conjugarse siempre de una manera visceral. Porque va a ser nuestro futuro..., porque deberemos vivir en él. Admiro, por supuesto, la labor de un Aurelio Peccei y su Club de Roma, por ejemplo, capaces de realizar profundos y esclarecedores estudios sobre nuestro futuro y crear modelos socioeconómicos incluso a través de una computadora; no admiro tanto a un Hermann Kahn y sus colaboradores del Hudson Institute, en buena parte prostituidos por una serie de encargos muy concretos del gobierno de los Estados Unidos (su intervención en la guerra del Vietnam fue notoria), que permitieron desarrollar económicamente el Instituto, pero lo condicionaron de por vida. Y lo mismo digo de la Rand Corporation y otras instituciones parecidas.

Para mí, para muchos como yo (concretamente: la mayor parte de las escuelas europeas de prospectiva, que ya en su mismo nombre se enfrentan conceptualmente a la futurología anglosajona, parten de estos mismos supuestos), el futuro es algo que no puede examinarse desapasionadamente, viviseccionándolo como haría un experimentador con un ejemplar de laboratorio. Todos nosotros estamos dentro de él, formamos parte de él, jamás podremos ser observadores. Es un verbo que deberemos conjugar siempre en primera persona.

Pero estamos indefensos ante él. El hombre de la calle no tiene ninguna influencia para actuar en su modelación, ningún poder de decisión. Todo lo que puede hacer es reunirse en torno a su mesa de café, ante su aperitivo y entre sus amigos, y hablar del tema, discutir sobre él, criticar y patalear y dar puñetazos en la mesa, y luego volverse a su casa lleno siempre del mismo sentimiento de frustrante futilidad de haber conjugado el verbo en vano. Quienes pueden actuar realmente sobre el futuro, quienes tienen el poder de decisión, son los grandes estamentos políticos y económicos, y la mayor parte de las ocasiones no conviene a sus intereses el hacerlo. También podrían actuar muchas veces los grandes institutos futuroológicos, pero son cerebrales, no viscerales, y su supervivencia depende en muchos casos de los grandes imperios económicos, lo cual los condiciona inexorablemente a lo que ellos decidan.

Pero los escritores de ciencia ficción sí pueden actuar. Ellos son viscerales. Y, de hecho, actúan. Y gozan de una cierta audiencia.

Los escritores de ciencia ficción vemos los problemas desde dentro: conjugamos el verbo en primera persona, y lo exponemos a la opinión pública. Y, muchas veces, creamos incluso un estado de conciencia.

Ésta es, creo, estoy convencido de ello, nuestra principal arma. Si sabemos usarla. Yo, por ejemplo, podría escribir en poco tiempo y con un relativo esfuerzo un libro sobre

nuestras más inmediatas perspectivas de futuro. Basándome en lo que he dicho aquí, en la documentación que poseo y en mis ideas personales al respecto, probablemente daría a luz una obra algo mejor que muchas de las escritas hasta ahora, aunque indudablemente también peor que bastantes otras. Pero mi trabajo sería estéril. Mi labor de divulgación debería ser tan sólo esto: una labor de divulgación, una transcripción basada en datos recogidos de otros, una recopilación de hechos y elementos ya conocidos. No poseo suficiente preparación, ni medios, ni elementos de investigación, para desarrollar de una forma personal e inquisitiva este tipo de tarea. (Esto fue precisamente lo que hizo que fracasara en último término el proyecto de un Instituto Español de Prospectiva: había el elemento visceral, estábamos los convencidos de su necesidad pero faltaba el elemento cerebral, y los medios). El primer investigador que hizo las observaciones necesarias y realizó los cálculos que demostraron el rompimiento progresivo de nuestro equilibrio ecológico (una Rachel Carson y su *Silent Spring*, por ejemplo) cumplió con una labor importante; los cien mil que han aireado sus conclusiones han hecho una labor de divulgación, que a veces ha sido meritoria, pero que se va diluyendo con el tiempo. No creo que el hecho de escribir yo un libro de divulgación/denuncia sobre el tema aportara nada nuevo al panorama actual. Y, sinceramente, no siento el menor deseo de escribir un libro así tan sólo para cobrar unos *reales*. Aunque me lo hayan propuesto varias veces.

Pero con la ciencia ficción es distinto. Yo puedo meterme en la piel del hombre del futuro, conjugar en primera persona el futuro imperfecto del verbo que sea (polucionar, masificar, alienar, etc.), y a través de ella denunciar. Y mi denuncia puede ser alarmante, sarcástica, corrosiva..., tener impacto. Porque no llega al cerebro del lector, sino que le revuelve las entrañas.

Así lo están haciendo muchas de las novelas que hoy en día están alcanzando altas cotas de audiencia. Sólo por ci-

tar un ejemplo, en menos de un año se han publicado en todo el mundo varias extrapolaciones literarias de mayor o menor impacto acerca de la posibilidad de un accidente o un atentado en una central nuclear. El tema, en los últimos meses, se ha vuelto ya incluso repetitivo, pero ha conseguido algo importante: concienciar a las gentes acerca de la vulnerabilidad de las centrales nucleares, acerca del peligro latente que representa también la energía atómica para usos pacíficos.

La ciencia ficción de este tipo (la ciencia ficción del futuro imperfecto, la llamo yo), suele ser, debido a ello, profundamente pesimista. Se conjuga exclusivamente en subjuntivo. Cumple con el papel de oráculo. Tan sólo los países socialistas conjugan una ciencia ficción del futuro perfecto o, todo lo más, del futuro imperfecto de indicativo: los condicionantes de su sociedad le obligan a ello. Pero pese a todo existen incluso en la ciencia ficción soviética relatos como *Los Cangrejos andan sobre la Isla de Dnieprov* o *El día de la Cólera* de Gansovski, que llevan implícita una clara advertencia. He leído, en ese centenar largo de relatos que he citado al principio, muy pocas historias realmente optimistas. Incluso las tratadas en tono humorístico son simplemente sarcásticas, y su trasfondo rezuma una enorme amargura. Y ello es lógico. Es completamente estéril cantar las alabanzas de un futuro esplendoroso, cuando todos sabemos, a estas alturas, que nuestro futuro va a serlo todo menos esplendoroso. Las grandes amenazas denunciadas desde que la palabra «ecología» empezó a ponerse de moda están empezando a confirmarse, y se han visto rodeadas muy pronto de otras amenazas más insidiosas, menos evidentes, pero no por ello menos terribles. Las crisis de la energía, por ejemplo, motivadas no sólo por un previsible agotamiento de los combustibles fósiles, sino también por la manipulación económica que de ellos han hecho los detentadores de las fuentes de producción y principalmente las grandes internacionales que monopolizan su transfor-

mación. La manipulación del individuo para los más diversos fines, como otro ejemplo. La crisis monetaria internacional. La inflación. El creciente paro obrero, con sus secuelas inevitables de selectividad. (Uno de los relatos que no he podido incluir aquí, por no haber conseguido los derechos —*How I take their Measure*, publicado bajo seudónimo por Barry N. Malzberg en la revista *Venture*— nos habla de la situación de privilegio que, en una sociedad abrumada por el paro obrero, obtendrán los funcionarios que se dedican a investigar las peticiones de subsidios de desempleo). Y así tantos y tantos otros.

No, nuestro futuro lo va a ser todo menos cómodo. Y, como dijo sarcásticamente el abogado de la reunión de hace un par de años, es probable que bajo tantas y tan variadas presiones muchos de nosotros no lleguemos al año 2000. Quizá nadie.

Este sentimiento es el que pretende reflejar esta antología. Por supuesto, hallarán ustedes que muchos temas apenas se encuentran esbozados en ella. Es imposible tocarlos todos en un volumen de esta extensión. Por ejemplo, existe un tema para mí muy importante, y al que en cierto modo estoy bastante vinculado, el de las computadoras, que están creando en nuestra sociedad una nueva e insustituible dependencia. Creo que es un tema que, analizado con visión de futuro inmediato, merece toda una novela, que todavía no sé que se haya escrito, quizá porque la mayor parte de los autores de ciencia ficción no tenemos el soporte de unos conocimientos informáticos para hacerlo, y los informáticos de profesión carecen de la imaginación necesaria para estructurar una trama inteligente al respecto. (Hay una novela que roza este tema, sí, *The Shockware Rider*, de John Brunner, que casi cumple todos los requisitos). También falta el tema de la tercera edad (otro relato que ha debido quedar fuera de esta antología es *The Test* de Richard Matheson, esclarecedor al respecto), y su problemática frente a la superpoblación: el hecho que las perspectivas

de vida de la Humanidad aumentan en la misma proporción que se reduce la mortalidad infantil, y las consecuencias previsibles de tal hecho...

Oh, el tema de nuestro futuro imperfecto merecería no una antología como la presente, sino una docena, incluso clasificadas por subgrupos de temas. Pero creo que los diecisiete relatos reunidos aquí forman un abanico lo suficientemente amplio como para que cualquiera que los lea con un espíritu inquisitivo tome conciencia de una terrible realidad: EL NUESTRO NO VA A SER UN FUTURO FÁCIL.

Y ésta es la razón del título del volumen. Hay un gran artista norteamericano, un dibujante casi *underground* llamado R. Cobb, que en el conjunto de su obra ha plasmado como nadie y con un terrible realismo esta sensación en que uno debe realmente *llorar* por nuestro futuro. En uno de sus dibujos más conmovedoramente impactantes, terriblemente tétrico y descorazonador en su desnuda realidad, Cobb nos muestra a una pareja de hombres, presumiblemente padre e hijo, sentados sobre la bamboleante chatarra de un automóvil en medio de un mar de detritus por donde campean las ratas. El hijo, con la expresión inocente de quien no comprende nada de lo que le rodea, pregunta a su padre: *¿Y qué es eso de la ecología?*

Personalmente, me gustaría poder encararme en alguna ocasión a algunos de los responsables de este desmoronante mundo en que vivimos, a los responsables de nuestra absurda *way of life*, y preguntarles: Señores, ¿deberemos llorar por nuestro futuro? ¿Vamos a tener realmente algún futuro? Y me gustaría que me contestaran.

Ante la imposibilidad de hacer esto, no me queda más remedio que acudir periódicamente a mi mesa de café, hablar y hablar, discutir y dar puñetazos sobre la mesa, y regresar luego a casa con la terrible futilidad de haber estado perdiendo el tiempo. Y, siempre que me es posible, tras alguna que otra noche de insomnio, escribir otro relato de ciencia ficción sobre el tema (tengo ya bastantes), o prepa-